

Cómo Vine a EL MUNDO

Por Carlos Robreño

UN día como hoy, hace cincuenta y cinco años, vió la luz pública por primera vez este gran diario cubano, pero no voy a referirme en esta crónica a un hecho tan señalado que marca una época en nuestro periodismo, puesto que ciertamente, cuando EL MUNDO vino al mundo, quien no había venido al mundo era este humilde servidor.

Ello ocurrió algún tiempo después y años más tarde, allá a fines de 1913, siendo un colegial que cursaba estudios de primera enseñanza en el plantel "San Francisco de Paula", más conocido por "Colegio Mimó", vivía con mis padres en una casa de la calle Águila, todavía sin alcantarillado y sin paralelas de tranvías y frente por frente al edificio señalado con el número 60 de la misma vía, donde tenía su redacción este diario que en 1901 había fundado aquel hombre de negocios que se llamó Rafael Govín y cuya dirección técnica puso en manos de su primo José Manuel.

Cuando por las tardes volvía del colegio, encontraba casi siempre a mi padre, amigo y compañero de todos ellos, hablando de acera a acera o junto a la puerta de la casa en que vivíamos o a la del periódico, con algunos de los redactores y muy especialmente con el ya veterano Eduardo Varela Zequeira, gran maestro del reportaje policiaco, con sus blancos mostachos y sus azules pupilas y con Víctor Muñoz, uno de los periodistas más completos de todos los tiempos del diarismo cubano y cuya obesidad no dejaba adivinar en él al antiguo "Abogado", que así le llamaban cuando de jovencito, delgado, con cerrada barba negra, trabajaba como aficionado en las funciones teatrales que se organizaban en la ciudad de Tampa entre los emigrados, con objeto de recaudar fondos para la guerra.

Y aquellas conversaciones a las cuales yo me acercaba servían de campo propicio para que la curiosidad infantil pudiera saciar sus deseos, haciendo preguntas sobre las hazañas de Manuel García o el crimen cometido por "Bocú" y Juana Tabares, a los que Varela Zequeira respondía bondadosamente o interrogando a Víctor si ya había llegado el cable de Cincinnati reseñando la labor de Marsans y Almeida en dicho equipo.

De la puerta del edificio pasé después al interior de la redacción, un largo salón con una amplia mesa junto a la cual se sentaban los repórters, a medida que iban llegando para volar sobre las blancas cuartillas a punta de lápiz todo el cúmulo de noticias que traían en la mente o anotadas en pequeños papelitos.

Ponce, Palomares, Enrique Moreno, Raúl Marsans y otros que acaso no alcance a recordar formaban filas en ese abnegado ejército de "cazadores de la actualidad", mientras a un lado, los distintos "burós" llamados de "cortina" eran utilizados por el propio Varela Zequeira, jefe de información; por Alberto Ruiz, cronista social; por Eduardo Alonso, crítico teatral que había popularizado su pseudónimo de "Amadis" y padre de nuestro fraternal Eduardo Héctor y allá al fondo del salón, veíase a avanzadas horas de la tarde o a altos minutos de la noche la robusta y amable silueta de Víctor Muñoz, en camiseta atlética, con los tirantes con que se sostenía los pantalones dejados caer a ambos lados y dibujando siempre una sonrisa mientras en sus ojos maliciosos se reflejaba el buen humor a través de unas gafas con aro de oro y sujetas por un cordón negro.

La Labor de Víctor Muñoz

Víctor Muñoz trabajaba sin fatiga frente a su amplio buró, que a cada extremo tenía una mesa auxiliar. En una colocaba su máquina mecanográfica, pues él era el único redactor de este periódico que en aquella época se valía de tal medio para escribir sus artículos y en la otra siempre había un sandwich, una copa y una botella de cerveza.

Y así, entre bocados de aquellos gigantescos sandwiches de la pre-guerra confeccionados con jamón, pierna, queso, salchichón y hasta pavo por el módico precio de veinte centavos y entre sorzos del rubio líquido hilvanaba diariamente el gran periodista una crónica de base ball con la firma de "Fringipane", una crítica de Jai Alai calzándola simplemente con "Un tal Muñoz", un interesante reportaje sobre asuntos de la vieja aristocracia europea en la que utilizaba el pseudónimo de "Marquesa de Fontenoy" y bellas crónicas sobre la cotidiana vida norteamericana que aparecían redactadas en Washington. "Junto al Capitolio" por "Attache".



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Si todo fuera poco, en sus momentos de descanso, traducía y "melopeaba", como se dice en nuestro argot, los breves cables que traía dentro de un sobre un mensajero montado en bicicleta y por último, adaptaba a nuestro ambiente las primeras tiras cómicas de muñequitos que llegaron a nosotros, debidas al lápiz travieso de Bud Fisher y caracterizados por Mutt and Jeff, a quienes Víctor rebautizó con los nombres de Benitín y Eneas.

Terminada la jornada diaria, Víctor no marchaba a la cama en busca del necesario reposo. Siempre sabía de algún rincón donde se tirara el "monte" —el juego de barajas que hablamos heredado de la colonia— y allí iba a arriesgar al azar unos cuantos pesos españoles, pues entonces Cuba no tenía todavía moneda propia. ¡Cuántas veces no le habrá sorprendido el nuevo sol dejando sobre el tapete verde, enredado entre una sota de bastos o un caballo de copas, en espera de una "camonina" o una "vista hermosa" el producto de una quincena cobrada por su incesante labor!

Pero en Víctor Muñoz, aquellos enojosos contratiempos no dejaban huellas temperamentales y su habitual sonrisa permanecía inalterable a flor de labio, para contar un chiste, para narrar una anécdota o para cambiar impresiones con aquel joven, delgado, elegante y vestido, de correctos ademanes y de fluido hablar con el que trataba de ocultar una ligera gagera, que lo visitaba todos los días. Este mozo era Conrado W. Massaguer, el mismo Conrado W. Massaguer que tanto se ha admirado como artista y estimado como amigo a través de los años y que entonces comenzaba sus diabluras caricaturescas dando vida a dos tipos que aparecían en la plana deportiva de EL MUNDO para simbolizar nuestra entusiasta afición beisbolera: Jaime Castelfullit y Juan Frenético.

Aquel gran periodista siempre estaba a caza de innovaciones y un día se le ocurrió: ¿por qué este periódico no iba a contar con un cronista deportivo infantil? Y como yo iba todas las tardes a esa redacción y mostraba gran entusiasmo por el base ball, yo fui el designado.

Un Cronista Infantil

Ineludibles instrucciones y cariñosos consejos recibí de quien iba a ser mi primer maestro de periodismo y un desafío de pelota celebrado en los antiguos terrenos de H. Upman, donde hoy se levanta altivo el Stadium Universitario, entre dos clubs infantiles, uno de los cuales estaba dirigido por el veterano Octavio Diviño y en el cual jugaba la segunda base el pequeño Oscar Rodríguez, manager de los actuales campeones de Cuba y el Caribe, fué el motivo para mi primer reportaje que redacté sentado en una pequeña silla giratoria y apoyando las cuartillas

sobre una carpeta de cortas dimensiones que Joaquín Tovar, Adolfo Roqueñi y Juan José Herrera, encontraron, más bien en una juguetería que en una mueblería, por encargo del hermano de este último, aquella gran persona y excelente caballero que se llamó Antonio Herrera, administrador a la sazón de esta empresa.

Instalado ya como redactor, a la salida del colegio acudía en horas vespertinas a cumplir mis deberes de periodista profesional, aunque entonces no existía ni Colegio, ni Escuela y tal circunstancia me brindó la oportunidad de conocer y tratar, aunque salvando la diferencia de años, en la Administración y el Departamento de Circulación a Rafael Arus, Gabriel de Pool, Lorenzo Tur y Miguel Angel Peláez y a "Morita", el mismo Antonio González Mora que luego habría de llegar a director, mientras en la imprenta me iba haciendo amigo del regente Gerardo Ramos, de sus auxiliares Guerra y Martí y de jovencito que entonces comenzaba su carrera periodística como tipógrafo y más tarde hallado a ocupar altos puestos en tales menesteres. Me refiero a "Mike" Tamayo.

Julio Lagomasino, grande y buen amigo, estaba al frente del aspecto gráfico auxiliado por su hermano Luis y por un muchacho flaco, llamado Troadio Hernández, a quien nadie le podía augurar que andando el tiempo se convertiría en el Campeón Centroamericano del lanzamiento del Martillo. Más tarde se aumentó el grupo con el ingreso de Ramón Gárate, que muy pronto abandonó la cámara del fotógrafo para tomar en su diestra el lápiz del reportero.

En aquella época, la representación femenina apenas figuraba en las nóminas periodísticas y tan escasa resultaba que Carmela Nieto, viuda de Dyrland, era de las poquísimas mujeres que cultivaban tal profesión. La distinguida escritora visitaba diariamente la redacción para dejar en la imprenta el material de su popularizado "Consultorio". Después, al retirarse ibase deteniendo junto a la mesa de cada uno de los compañeros, cambiando frases de cortesía, charlando brevemente hasta llegar a la puerta principal, donde casi siempre se encontraba —¿casualidad, acaso?— al Administrador Antonio Herrera, con quien la conversación se hacía más prolongada y en tono más bajo. ¿Hablaban de intereses económicos del periódico? ¿Se referían a las pulgadas de anuncios? Ciertamente parece que no, puesto que al cabo de algunos meses aquella charla diaria convirtiéndose en romance y más tarde en boda.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

La Guerra

Poco tiempo llevaba yo como redactor infantil de este periódico, cuando un suceso inesperado conmovió no sólo a EL MUNDO, sino al mundo entero, considerado como planeta terrestre. En Sarajevo, capital de la Borna, un estudiante serbio abatía a tiros al archiduque austriaco Francisco Fernando y semejante agresión se consideraba como la chispa que haría de encender el polvorín europeo dando al traste con la paz mundial, tan celosamente guardada durante los primeros años del siglo. Las agencias cablegráficas volcaban sobre las redacciones de todos los periódicos de la tierra millones y millones de noticias para satisfacer la curiosidad de una población que aun no podía suponer a ciencia cierta las magnitudes de tal conflicto. Y EL MUNDO que ya había aumentado su cuerpo de redactores con la aparición de aquel gran repórter policiaco que se llamó Guillermo Herrera, no podía conformarse con aquellos breves y lacónicos despachos que traía un mensajero en bicicleta y que Víctor Muñoz traducía. Contrató, pues, los servicios de grandes hilos directos y llamó a sus filas para atenderlos debida-

mente a dos jóvenes que entonces hacían sus "pirinos": Víctor Bilbao y nuestro inmovible Sergio Varona.

Los cintillos de primera plana estaban dedicados, como es natural, a las noticias de los campos de batalla; se colocó en el zaguán que daba a la calle Aguila un enorme mapa en colores de Europa y con banderitas prendidas con alfileres se señalaban los avances y retrocesos de los ejércitos beligerantes, mientras Rafael Lillo, el fino dibujante, componía sobre motivos bélicos preciosos cuadros plenos de coloridos para las primeras páginas de las ediciones dominicales.

Así fué como esa Guerra Mundial contribuyó a la primera gran transformación de que fué objeto este periódico que durante sus años cruciales se había mantenido dentro de los límites de un criollismo que ya se hacía imprescindible ampliar hacia otros derroteros.

Ha llovido desde entonces acá. La interminable sucesión de hechos de distintos géneros nos ha proporcionado a todos los que hemos sobreexistido a aquella época, horas de alegría y minutos de tristeza; hemos visto nacer a nuestros hijos y también hemos contemplado como se han marchado para siempre amigos y seres queridos, mas al final de la jornada aun podemos exclamar con cierta satisfacción, remedando al convencional francés: ¡Hemos vivido!

(M, at 11/06)



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA